

JULIAN BARNES

---

*El sentido  
de un final*

PREMIO MAN BOOKER



Durante el último curso en el instituto, el inseparable triunvirato formado por Tony, Alex y Colin acoge a Adrian Finn, el chico nuevo, el cuarto mosquetero que se adapta sin problemas a sus interminables discusiones sobre el presente que les ha tocado vivir, sobre qué les depara el incierto futuro y otras disquisiciones sobre historia, filosofía y cualquier materia que les salga al paso.

En realidad, el recién llegado destaca inmediatamente como el más inteligente y brillante de los alumnos, poseedor de una mente privilegiada y un espíritu radicalmente racional, que son admirados incluso por sus propios profesores, y cuyo destino natural es la Universidad de Cambridge. Pero las promesas de amistad eterna que los cuatro amigos se profesan en el momento de la separación se van al traste cuando Adrian empieza a salir con una chica con la que Tony mantuvo una relación condenada al fracaso, y éste reacciona enviándole una despechada e hiriente carta en la que condena al traidor al olvido, una sentencia que adquiere un tinte trágico cuando, no mucho tiempo después, Adrian pone fin a su vida.

Cuarenta años más tarde, la recepción de una inesperada carta revive en Tony los recuerdos de aquella amistad y decide buscar a Verónica, la causante de la vieja ruptura, y el único testimonio fiable que puede arrojar cierta luz sobre lo que sucedió realmente en aquellos días de juventud.

Para Pat

# UNO

Recuerdo, sin un orden concreto:

- la reluciente cara interior de una muñeca;
- el vapor que sube de un fregadero mojado cuando jocosamente se introduce en él una sartén caliente;
- gotas de esperma alrededor de un desagüe, antes de que las engullan las largas tuberías de la casa;
- un río que fluye absurdamente cauce arriba y los rayos de media docena de linternas que lo persiguen e iluminan su chapoteo y sus ondas;
- otro río, ancho y gris, y el viento recio que agita su superficie y encubre la dirección de su flujo;
- agua de bañera que se ha enfriado hace mucho detrás de una puerta cerrada con llave.

Esto último no lo vi realmente, pero lo que acabas recordando no es siempre lo mismo que lo que has presenciado.

Vivimos en el tiempo —nos contiene y nos moldea—, pero nunca he creído comprenderlo muy bien. Y no me refiero a las teorías sobre cómo se desvía y se desdobra, o a que pueda existir en otro lugar en versiones paralelas. No, me refiero al tiempo ordinario, cotidiano, que los relojes de pared y de pulsera nos aseguran que transcurre regularmente: tictac, clic-cloc. ¿Hay algo más verosímil que una segunda aguja? Y, sin embargo, el placer o el dolor más nimio basta para enseñarnos la maleabilidad del tiempo. Algunas emociones lo aceleran, otras lo enlentecen; de vez en cuando parece que no fluye, hasta el punto final en que desapa-

rece de verdad y nunca vuelve. No me interesa mucho mi época escolar y no la añoro. Pero el colegio es donde comenzó todo y tengo que remontarme brevemente hasta unos incidentes que se han convertido en anécdotas, hasta algunos recuerdos aproximativos que el tiempo ha deformado y transformado en certeza. Aunque ya no tengo la seguridad de que algunos sucesos fueran reales, al menos recuerdo con claridad las impresiones que dejaron. Es lo más lejos que llego.

Éramos tres y él fue el cuarto. No esperábamos añadir a nadie más a nuestro apretado trío: desde mucho antes había habido camarillas y emparejamientos, y ya empezábamos a imaginar nuestra huida del colegio al mundo. Se llamaba Adrian Finn y era un chico alto y tímido que al principio mantenía los ojos bajos y no decía lo que pensaba. Los primeros días apenas nos fijamos en él: en nuestro colegio no se hacían ceremonias de bienvenida y no digamos lo opuesto, la iniciación punitiva. Simplemente tomamos nota de su presencia y aguardamos.

Los profesores se interesaron más por Adrian que nosotros. Tenían que valorar su inteligencia y su sentido de la disciplina, comprobar si hasta entonces había recibido una buena instrucción y si demostraría ser «candidato a una beca». La tercera mañana de aquel trimestre de otoño tuvimos una clase de historia con Old Joe Hunt, un profesor amablemente irónico que vestía un terno completo y cuyo sistema de control dependía de su capacidad de mantener un aburrimiento suficiente pero no excesivo.

—Bien... Recordaréis que os pedí que hicierais una lectura preliminar sobre el reinado de Enrique VIII.

Colin, Alex y yo nos miramos de reojo, confiando en que la pregunta, lanzada como la caña de un pescador, no nos aterrizará encima.

—¿Alguno quiere caracterizar la época? —Sacó su propia conclusión al ver que mirábamos hacia otro lado—. Bueno, quizá Marshall. ¿Cómo describirías el reinado de Enrique VIII?

Nuestro alivio fue mayor que nuestra curiosidad, porque Marshall era un ignorante cauteloso que carecía de la inventiva de la auténtica ignorancia. Buscó posibles complejidades ocultas en la pregunta antes de encontrar una respuesta.

—Había descontento, señor.

Una incipiente sonrisita apenas controlada; el propio Hunt casi sonrió.

—¿Podrías ser más preciso?

Marshall asintió lentamente, reflexionó un poco más y decidió que no era momento de cautelas.

—Yo diría que había un gran descontento, señor.

—Finn, entonces. ¿Tienes nociones sobre ese período?

El nuevo estaba sentado una fila delante de mí y a mi izquierda. No había reaccionado de un modo visible a las idioteces de Marshall.

—La verdad, me temo que no, señor. Pero hay una corriente de pensamiento según la cual lo único que se puede decir realmente de cualquier suceso histórico, incluso, por ejemplo, de la Primera Guerra Mundial, es que «ocurrió algo».

—¿Ah, sí, en serio? Bueno, eso me dejaría sin trabajo, ¿no?

Tras algunas risas aduladoras, Old Joe Hunt indultó nuestra festiva holganza y nos ilustró sobre el carnicero regio y polígamo.

En la pausa siguiente me acerqué a Finn.

—Soy Tony Webster. —Él me miró con prevención—. Una gran respuesta a Hunt. —Parecía que no sabía de qué le estaba hablando—. Lo de «ocurrió algo».

—Oh. Sí. Me ha decepcionado un poco que no lo haya suscrito.

Esto no era lo que se esperaba que dijera.

Otro detalle que recuerdo es que nosotros tres, como símbolo de nuestra unión, llevábamos la esfera del reloj en la cara interior de la muñeca. Era una afectación, desde luego, pero tal vez algo más. Convertía el tiempo en una cosa personal, hasta secreta. Esperábamos que Finn advirtiera esta costumbre y la imitara; pero no lo hizo.

Más tarde, aquel mismo día —o puede que otro día—, tuvimos una clase doble de inglés con Phil Dixon, un joven profesor recién salido de Cambridge. Le gustaba utilizar textos contemporáneos y lanzaba desafíos repentinos. «Nacimiento, copulación y muerte: así resume la vida T. S. Eliot. ¿Algún comentario?». Una vez comparó a un héroe de Shakespeare con Kirk Douglas en *Espartaco*. Y recuerdo que un día en que estábamos hablando de la poesía de Ted Hughes, ladeó la cabeza de modo profesoral y murmuró: «Naturalmente, todos nos preguntamos qué sucederá cuando se quede sin animales». En ocasiones, al dirigirse a nosotros, nos llamaba «caballeros». Por supuesto, le adorábamos.

Aquella tarde nos entregó un poema sin título, fecha ni nombre del autor, nos dio diez minutos para estudiarlo y luego nos pidió comentarios.

—¿Empezamos por ti, Finn? Sencillamente, ¿de qué te parece que trata el poema?

Adrian levantó la vista de su pupitre.

—De Eros y Tánatos, señor.

—Hum. Sigue.

—Del sexo y la muerte —prosiguió Finn, como si no sólo no entendieran griego los zoquetes de la última fila—. O del amor y la muerte, si lo prefiere. En cualquier caso, del conflicto que enfrenta el principio erótico con el principio de muerte. Y lo que se deriva de ese conflicto, señor.

Es probable que yo pareciese más impresionado de lo que Dixon consideraba saludable.

—Webster, acláranos más.

—Yo pensaba que sólo era un poema sobre una lechuga, señor.

En esto consistía una de las diferencias entre nosotros tres y nuestro nuevo amigo. Nosotros sobre todo nos cachondeábamos, excepto cuando hablábamos en serio. Él hablaba sobre todo en serio, menos cuando se cachondeaba. Nos costó un tiempo entenderlo.

Adrian se dejó absorber por nuestro grupo sin reconocer que era eso lo que pretendía. Quizá no lo pretendía. Ni tampoco modificó sus opiniones para adaptarlas a las nuestras. En las oraciones matutinas se le oía sumarse a las respuestas mientras Alex y yo nos limitábamos a mover los labios. Colin prefería la actitud satírica de berrear con el entusiasmo de un falso fanático. Los tres considerábamos los deportes escolares un plan criptofascista para reprimir nuestros impulsos sexuales; Adrian se inscribió en el club de esgrima y practicaba el salto de altura. Nosotros teníamos un mal oído beligerante; él venía a clase con su clarinete. Cuando Colin criticaba a la familia, yo me burlaba del sistema político y Alex formulaba objeciones filosóficas a la naturaleza de la realidad percibida, Adrian se reservaba su opinión; por lo menos al principio. Daba la impresión de que creía en cosas. Nosotros también, sólo que queríamos creer en nuestras cosas más que en las que otros habían decidido que creyéramos. De ahí lo que considerábamos nuestro escepticismo purificador.

El colegio estaba en el centro de Londres y todos los días nos desplazábamos hasta allí desde nuestros barrios distintos, atravesando un sistema de control tras otro. En aquel entonces las cosas eran más sencillas: había menos dinero, no existían aparatos electrónicos, la tiranía de la

moda era ligera, no había novias. No había nada que nos distrajese de nuestro deber filial y humano, que consistía en estudiar, aprobar exámenes, utilizar nuestros títulos académicos para encontrar un empleo y después forjar un estilo de vida más completo, sin llegar a ser amenazador, que el de nuestros padres, que lo aprobarían mientras lo comparaban en privado con su propio pasado, que había sido más sencillo y por tanto superior. Nada de esto, por supuesto, se expresaba: el refinado darwinismo social de las clases medias británicas siempre estaba implícito.

—Son unos putos cabrones, los padres —se quejó Colin un lunes, a la hora del almuerzo—. Crees que son majos cuando eres pequeño, pero después te das cuenta de que son como...

—¿Enrique VIII, Col? —sugirió Adrian.

Empezábamos a habituarnos a su sentido de la ironía, así como al hecho de que también podía emplearla contra nosotros. Cuando se burlaba, o nos exhortaba a la seriedad, a mí me llamaba Anthony; Alex se convertía en Alexander y Colin, cuyo nombre no podía alargarse, se quedaba en Col.

—A mí me daría igual que mi padre tuviese media docena de mujeres.

—Y que fuera riquísimo.

—Y que le retratara Holbein.

—Y que mandara al Papa a tomar por el culo.

—¿Alguna razón concreta de que sean unos putos cabrones? —le preguntó Alex a Colin.

—Yo quería que fuéramos al parque de atracciones. Me dijeron que tenían que dedicar el fin de semana al jardín.

Pues eso: putos cabrones. Salvo para Adrian, que escuchaba nuestras denuncias pero rara vez se sumaba a ellas. Y, sin embargo, a nuestro entender tenía más motivos que la mayoría. Su madre se había marchado de casa hacía unos años y había dejado al marido a cargo de Adrian y de su hermana. Esto fue mucho antes de que se utilizara la ex-

presión «familia monoparental»; entonces era «un hogar roto», y Adrian era la única persona que conocíamos que procedía de uno de ellos. El hecho debería haberle proporcionado un arsenal de rabia existencial, pero por alguna razón no era así; decía que quería a su madre y respetaba a su padre. Nosotros tres, en privado, examinamos su caso y elaboramos una teoría: que la clave para una vida familiar feliz era que no hubiese familia, o al menos no una familia que viviese bajo el mismo techo. Tras hacer este análisis, envidiamos aún más a Adrian.

En aquel tiempo nos sentíamos como si nos tuvieran encerrados en una especie de redil, esperando a que nos soltasen para entrar en la vida. Y cuando llegase el momento, la vida —y también el tiempo— se aceleraría. ¿Cómo íbamos a saber que nuestra vida ya había comenzado, que ya habíamos obtenido algún provecho, que ya nos habían infligido algún daño? Y que sólo nos soltarían para meternos en otro redil más grande, cuyos límites serían al principio indiscernibles.

Entretanto, estábamos hambrientos de libros y de sexo, éramos meritocráticos, anarquistas. Aunque todos los sistemas políticos y sociales nos parecían corruptos, nos negábamos a considerar otra alternativa que el caos hedonista. Adrian, sin embargo, nos empujó a creer en la aplicación del pensamiento a la vida, en el concepto de que los principios deben guiar las acciones. Previamente, Alex había pasado por ser el filósofo entre nosotros. Había leído cosas que los demás no habíamos leído y podía, por ejemplo, afirmar de repente: «Sobre lo que no podemos hablar, debemos guardar silencio». Colin y yo rumiábamos un rato esta idea en silencio y luego sonreíamos y seguíamos hablando. Pero la llegada de Adrian desalojó a Alex de su puesto o, más bien, nos dio la posibilidad de elegir filósofo. Si Alex había leído a Russell y a Wittgenstein, Adrian había leído a Camus y a Nietzsche. Yo había leído a George Orwell y Al-

dous Huxley; Colin, a Baudelaire y a Dostoyevski. Esto es sólo una ligera caricatura.

Sí, desde luego que éramos pretenciosos: ¿para qué otra cosa sirve la juventud? Usábamos términos como *Weltanschauung* y *Sturm und Drang*, nos gustaba decir «Eso es filosóficamente evidente» y nos asegurábamos unos a otros que el primer deber de la imaginación era el de ser transgresora. Nuestros padres veían las cosas de una manera distinta, y describían a sus hijos como inocentes súbitamente expuestos a influencias nocivas. Así, la madre de Colin, al hablar de mí, decía que yo era «el ángel oscuro» de su hijo; mi padre culpó a Alex cuando me descubrió leyendo *El manifiesto comunista*; los padres de Alex apuntaron hacia Colin cuando le pillaron leyendo una dura novela policíaca norteamericana. Y así sucesivamente. Ocurría lo mismo con el sexo. Nuestros padres pensaban que podíamos corrompernos mutuamente y convertirnos en lo que más temían: un masturbador incorregible, un homosexual encantador, un libertino temerariamente contagioso. Les preocupaba la estrecha amistad adolescente, la conducta predatoria de extraños en los trenes, el atractivo de una chica poco adecuada. Sus inquietudes sobrepasaron en gran medida nuestra experiencia.

Una tarde, Old Joe Hunt, como si recogiera el guante del primer reto de Adrian, nos pidió que debatiéramos sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial: concretamente, sobre la responsabilidad del asesino del archiduque Francisco Fernando en el estallido de la contienda. En aquel tiempo, casi todos éramos absolutistas. Nos gustaban el sí versus el no, el elogio versus la culpa, la culpabilidad versus la inocencia o, en el caso de Marshall, el descontento versus el gran descontento. Nos gustaban los juegos que terminaban en una victoria o una derrota, no en un empate. Y por eso, para algunos, el pistolero serbio cuyo

nombre hace mucho que se borró de mi memoria tenía una responsabilidad individual del cien por cien: suprimelo de la ecuación y la guerra nunca se habría producido. Otros preferían atribuir el cien por cien de la responsabilidad a las fuerzas históricas, que habían introducido a los países antagónicos en un cauce de colisión inevitable: «Europa era un barril de pólvora a punto de estallar», y todo eso. Los más anárquicos, como Colin, argumentaban que todo dependía del azar, que el mundo existía en un estado de caos perpetuo y que únicamente un instinto narrativo primitivo, sin duda un efecto residual de la religión, confería un sentido retrospectivo a lo que podría o no podría haber sucedido. Hunt asintió brevemente ante la tentativa de Colin de minimizarlo todo, como si la incredulidad morbosa fuese un subproducto natural de la adolescencia, algo de lo que había que desprenderse. Maestros y padres solían recordarnos irritablemente que ellos también habían sido jóvenes y por tanto podían hablar con autoridad. Es sólo una fase, insistían. Se os pasará; la vida os enseñará realidad y realismo. Pero por entonces nos negábamos a reconocer que alguna vez habían sido como nosotros, y sabíamos que nuestra comprensión de la vida —y de la verdad, la moralidad y el arte— era mucho más clara que la de nuestros comprometidos mayores.

—Finn, has estado muy callado. Tú has sacado a colación el asunto. Eres, como si dijéramos, nuestro pistolero serbio. —Hunt hizo una pausa para que la alusión hiciera su efecto—. ¿Te importaría concedernos la merced de tus pensamientos?

—No lo sé, señor.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Bueno, en un sentido no sé lo que no sé. Es filosóficamente evidente. —Se permitió una de aquellas breves pausas en las que nos preguntábamos si perpetraba una burla sutil o estaba sumido en una seriedad profunda, inaccesible para nosotros—. En realidad, ¿no es todo esto de atribuir

responsabilidad un modo de escurrir el bulto? Queremos culpar a un individuo para exonerar a todos los demás. O culpamos a un proceso histórico para eximir a unos individuos. O todo es un caos anárquico, lo que produce la misma consecuencia. A mí me parece que hay, hubo, una cadena de responsabilidades individuales, todas ellas necesarias, pero no tan larga como para que todos puedan simplemente echar la culpa a todos los demás. Pero está claro que mi deseo de atribuir responsabilidad podría ser más bien un reflejo de mi mentalidad que un análisis correcto de lo que sucedió. Es uno de los problemas centrales de la historia, ¿no, señor? La cuestión de la interpretación subjetiva versus la objetiva, el hecho de que necesitamos conocer la historia del historiador para comprender la versión que nos expone.

Hubo un silencio. Y no, no se estaba cachondeando, ni lo más mínimo.

Old Joe Hunt miró su reloj y sonrió.

—Finn, me jubilo dentro de cinco años. Y con mucho gusto te daría referencias si te apetece ocupar mi puesto.

Y él tampoco estaba bromeando.

Una mañana, durante una asamblea, el director, con la voz triste que adoptaba para notificar expulsiones o una catastrófica derrota deportiva, anunció que era portador de una aciaga noticia, a saber, que Robson, de la rama de ciencias, había fallecido aquel fin de semana. Entre un susurro de murmullos sobrecogidos, nos informó de que Robson había muerto en la flor de la juventud y de que su muerte era una pérdida para todo el colegio, y de que todos asistiríamos simbólicamente a su funeral. En suma, nos lo dijo todo salvo lo que queríamos saber: cómo y por qué, y en el caso de que hubiera muerto asesinado, por quién.

—Eros y Tánatos —comentó Adrian, antes de la primera clase del día—. Tánatos gana otra vez.

—Robson no era precisamente materia de Eros y Tánatos —le dijo Alex.

Colin y yo lo corroboramos. Lo sabíamos porque Robson había estado en nuestra clase un par de años: era un chico formal, sin imaginación, seriamente desinteresado de las artes, que había pasado sin pena ni gloria y sin ofender a nadie. Ahora nos había ofendido al crearse la reputación de haber muerto a una edad temprana. La flor de la juventud, en efecto: el Robson que habíamos conocido era de materia vegetal.

No hubo mención de una enfermedad, un accidente de bicicleta ni una explosión de gas, y, días más tarde, un rumor (alias Brown, de matemáticas de sexto) difundió lo que las autoridades no podían o no querían comunicar. Robson había dejado embarazada a su novia y se había ahorcado en el desván; tardaron dos días en encontrarle.

—Nunca habría imaginado que supiese cómo ahorcarse.

—Estaba en ciencias.

—Pero hace falta un tipo especial de nudo corredizo.

—Eso es sólo en las películas. Y en las ejecuciones como es debido. Lo puedes hacer con un nudo normal. Sólo que tardas más en asfixiarte.

—¿Cómo pensamos que es su novia?

Sopesamos las opciones que conocíamos: virgen moji-gata (ahora ex virgen), dependienta putilla, mujer mayor experimentada, ramera contaminada por una enfermedad venérea. Lo comentamos hasta que Adrian reorientó nuestra búsqueda.

—Camus dijo que el suicidio era la única cuestión realmente filosófica.

—Aparte de la ética y la política y la estética y la naturaleza de la realidad y todo lo demás.

Había cierto tonillo en la réplica de Alex.

—La única cuestión auténtica. La fundamental, de la que dependen todas las demás.